

Antonio Colinas: la poesía como itinerario de purificación

Es la de Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946) una de las voces poéticas y literarias (también es autor de una notable obra narrativa, ensayística y aforística, además de su tarea como traductor, articulista y crítico), más importantes de entre las surgidas en España a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Su obra poética, constituida por diez títulos (ocho libros y dos *plaquettes*; aparte de algunas otras, en colaboración con artistas), además de la reunión en volumen de toda su poesía¹, ha tenido, desde sus inicios, una muy positiva recepción por parte de los estudiosos, la crítica y los lectores. De hecho, *Sepulcro en Tarquinia* (1975) mereció el Premio de la Crítica, y la reunión de su poesía en un libro, *Poesía (1967-1981)*, obtuvo el Premio Nacional de Literatura de 1982.

Su voz lírica trajo consigo a la poesía española una nueva música llena de emoción y de pureza, nacida del equilibrio entre lo clásico y lo romántico, y de una suma y fusión de tradiciones, tanto filosóficas (pensamiento oriental primitivo, presocráticos, platonismo, estoicismo, cadena iniciática, tradición segunda, filosofía de las religiones, pensamiento de María Zambrano...) como poéticas y literarias (sobre las que después trataremos), que convergen en una voz muy personal y madura desde sus inicios, y, sobre todo, de un lirismo muy puro. Una nueva música que no tiende al exceso ni a la parquedad, sino al equilibrio y a la armonía, de los que a su vez parte.

Una nueva música de contenidos plenos, que se van desarrollando a lo largo de toda su obra, pero nunca más allá de lo que al canon del equilibrio conviene, y tocada por el don de la claridad; una claridad que conecta esta poesía con las voces, tan claras y tan altas, de los grandes poetas de la Meseta, desde los inicios de la modernidad: Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Jorge Guillén, Leopoldo Panero o Claudio Rodríguez.

¹ Citaremos por las siguientes ediciones de las obras poéticas de Antonio Colinas, utilizando de cada libro las abreviaturas que van al frente:

[PT-YS] Poemas de la tierra y la sangre, *Imprenta Provincial León*, 1969.

[PUNT] Preludios a una noche total, *Rialp*, Col. *Adonais* n° 260, *Madrid* 1969.

[TYFT] Truenos y flautas en un templo, *Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa*, *San Sebastián*, 1972.

[STAR] Sepulcro en Tarquinia, *Ed. Lumen*, Col. *El Bardo* n° 109, *Barcelona* 1976 (ed.: *León*, 1975).

[ASTR] Astrolabio, *Col. Visor de Poesía* n° 103, *Madrid*, 1979.

[ELOS] En lo oscuro, *Cuadernos de Cera* n° 2, *Rota* (Cádiz), 1981.

[POES] Poesía 1967-1981), *Col. Visor de Poesía* n° 149, *Madrid*, 1982.

[NMAN] Noche más allá de la noche, *Col. Visor de Poesía* n° 161, *Madrid*, 1982.

[LVSA] La viña salvaje, *Suplementos de la Antorcha de Paja* n° 5, *Córdoba*, 1985.

Una nueva música en la que la retórica (que nunca es mero adorno ni alarde en esta poesía) está puesta al servicio de la armonía, de la concordancia, de la pureza, tan sostenidas y logradas siempre en este decir poético. Y si toda retórica lleva en su seno (como posibilidad) su propia depuración, su propia ascesis, podemos decir que la poesía de Antonio Colinas —vista desde esta altura— ha seguido un itinerario de una continua depuración expresiva, de una continua esencialización. La evolución que ha experimentado purifica y madura la emoción, matizándola con elementos contemplativos y reflexivos. Es una poesía que le habla al alma, a ese lado del ser que se escapa a lo configurado y establecido. Y le habla al alma porque, como el propio poeta indica, «algo divino hay en nosotros» (NMAN, pág. 25).

Una nueva música con la que el poeta realiza un itinerario de conocimiento y de purificación. La voz poética de Antonio Colinas va a contracorriente de la poesía imperante, supone un contrapunto frente a las tendencias poéticas y principios estéticos dominantes, desde el momento de su aparición hasta hoy mismo; contrapunto que individualiza y da una gran personalidad a esta poesía y convierte a este escritor en un solitario, que sigue su propio camino. Algo de lo que es consciente el propio autor, cuando afirma: «El poeta es una persona en un estado de alto grado de consciencia. [...] el poeta a veces quizás ve un poco lo que los otros no ven a costa de marginalidad o de ir contra lo que impera en su tiempo»².

Sin pretender hablar en esta poesía de etapas o de épocas, ya que toda ella está atravesada por motivos (temáticos, estilísticos...) recurrentes y comunes, sí nos atrevemos a sugerir que advertimos un primer momento que, desde sus inicios, culmina en *Sepulcro en Tarquinia* (1975); y un segundo momento que se abre en el poema «Misterium fascinans», que cierra *STAR*, y en *Astrolabio* (1979), libro en el que se despliegan muchos de los motivos que adquirirán un posterior desarrollo, llegando hasta la poesía actual del autor y constituyendo un ciclo aún no cerrado.

Fusión de tradiciones

En una primera lectura, uno de los aspectos que más llaman la atención en la poesía de Antonio Colinas, es la asimilación de diversas tradiciones poéticas y literarias de distintos momentos históricos. Dicha asimilación se configura como un diálogo vivo con las mismas y no supone mera imitación, sino que, a partir de ellas, y de la fusión a que las somete, levanta una voz propia y nueva, que suena de otro modo.

[JDOR] Jardín de Orfeo, Col. Visor de Poesía n° 217, Madrid, 1988.

[LSDF] Los silencios de fuego, Tusquets Ed., Col Nuevos textos sagrados, Barcelona, 1992. Menos la última, todas estas obras están recogidas en el volumen *El río de sombra*, ed. Visor, Madrid, 1994.

² Entrevista concedida a Antonio Astorga, en ABC, Madrid, 13 de junio de 1991, pág. 57.

Así, pueden advertirse en esta poesía herencias del pensamiento oriental primitivo (taoísmo, zen...). Del mundo clásico grecolatino (orfismo, pitagorismo y presocráticos, en general). De Dante, en el tratamiento del amor, por ejemplo, y del petrarquismo. Del canon clásico renacentista, en la rítmica de sus versos, así como en ciertos motivos temáticos y estilísticos (el humanismo, la armonía, la unidad, la serenidad, el equilibrio, el tono reflexivo, el ritmo pausado...), y de la influencia mística. Del romanticismo, en la emoción y en el decir intenso, en la búsqueda de lo absoluto y lo trascendente, además de en algunos temas (la noche, el amor, la muerte, las ruinas...). Del simbolismo (a través de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez), en el arte de la sugerencia, de las sensaciones y emociones, de las percepciones sensoriales, de la aproximación de los efectos de la poesía a los de la música, de la efusión y confusión entre lo imaginario y lo real, de la intimidad o interioridad. Del modernismo, en la elaboración de ciertos escenarios (lagos, cisnes..., de *Preludios a una noche total*, por ejemplo), o en la belleza sensorial y musical de la palabra y el gusto por explorar dicha vía. Del surrealismo (posiblemente, a través de Vicente Aleixandre y de otros poetas), en el irracionalismo (que, en la poesía de Antonio Colinas, hay que matizar mucho), en el uso de ciertas imágenes irracionales (por ejemplo, en el poema «Sepulcro en Tarquinia»). De cierta poesía metafísica, como la del último Juan Ramón Jiménez, en esa tendencia a la esencialidad, a la utilización de símbolos como la luz, el fuego, el aire, el respirar..., que podemos captar en la poesía de nuestro autor, sobre todo, a partir de *Noche más allá de la noche* (1982), elementos simbólicos que provienen también de los presocráticos.

Todos estos registros —y otros que ahora pasamos por alto—, es verdad, son advertibles en la poesía de Antonio Colinas, pero —ya lo indicábamos— le llegan a través de una asimilación muy personal y madura de todos ellos, gracias a un diálogo y a una reelaboración de los mismos. Y, partiendo de ellos, pero, sobre todo, de su propia sensibilidad y experiencia, Antonio Colinas crea una poesía enteramente personal, distinta, en la que forma y contenido se equilibran mutuamente. Y este equilibrio es lo que caracteriza, de modo muy hondo, la poesía de nuestro autor, una poesía que es densa pero que no carece de ligereza a la vez, que es grave y profunda pero que también posee gracia, que sigue diversas tradiciones pero que al tiempo —y así nos suena su música— es nueva y contemporánea.

De ahí que, al caracterizarla y situarla, no podamos decir que esta poesía sea neoclásica, neoromántica, neosimbolista, neomodernista, neosurrealista o neometafísica... De todos estos elementos, en mayor o menor modo, participa. Pero la poesía de Antonio Colinas es otra cosa; está en un territorio muy contemporáneo: aquél que, habiendo sabido recoger los

buenos hilos de cada una de las tradiciones mayores de la poesía occidental, intuye que, a partir del diálogo con ellos, se puede crear una poesía nueva, que haga fluir el lirismo más puro, con los mensajes esenciales, primordiales, claves para el ser humano, a lo largo del tiempo, de las distintas culturas y de las distintas épocas históricas, con una proyección innegable hacia el futuro. Desde estos presupuestos y desde su propia experiencia vital y literaria, Antonio Colinas funda, así, una nueva obra, levanta una nueva voz.

Ello ha hecho que los lectores hayan captado en esta poesía dos rasgos que no son fáciles de rastrear en otras: una belleza y una música verbal asociadas con unos contenidos muy decantados (verdaderos universales y arquetipos, que vienen de muy lejos), que ponen a quien se acerca a esta obra en contacto con lo hermoso conseguido, con el misterio y con la corriente más verdadera de lo humano y de la vida.

Disponibilidad y alianza

Incluso cuando es más elegíaca, la poesía de Antonio Colinas es una poesía de celebración. Dicha celebración parte de una intuición primera que se constituye como motivo de la misma: la visión del cosmos como orden, como armonía dentro de cuyo engranaje el hombre es expresado como un ser que marcha acorde con él, ya que tiene un adecuado lugar en el mismo.

Esta celebración en la que se constituye su canto, exige al poeta una entrega, una disponibilidad hacia lo otro, hacia el mundo; entrega y disponibilidad que son necesarias para establecer, para lograr una alianza, imprescindible para que emerja lo cantado, la materia de un canto que se emparenta, de este modo, con la palabra sagrada, que se constituye él mismo en signo de lo sagrado.

Mas la celebración no supone sólo gozo, júbilo —que también aparece, y muy matizado, en la poesía de Antonio Colinas—; supone atender también el lado de la sombra, el lado de lo oscuro, esa otra faz en la que nos es dado contemplar la pérdida y las ruinas, el dolor y la muerte. Haz y envés del mundo, de la vida y del hombre aparecen, así, en la obra de Antonio Colinas, para mostrarnos ese rostro dual de lo existente, pero también para transmitirnos que ambos se pueden armonizar, se pueden superar, se pueden fusionar en otro rostro más verdadero y más logrado. De ahí que toda la trayectoria de Antonio Colinas busque esa poética de la superación, aspire a esa poética de la unidad, que no es otra cosa que armonía, como elemento que estaba ya en el origen, que el poeta trata de